

# Presentación del monográfico

## Arte y Trabajo Social

Reunir en un mismo texto Arte y Trabajo Social puede resultar curioso e incluso algo «retro», intuyendo que algunas personas, docentes o profesionales del sector, puedan estar en desacuerdo con la definición que, en su día, hiciera Mary Richmond (1930) sobre el Trabajo Social como *arte*, arte en colaboración con las personas y con la sociedad. ¿Ha quedado superada esta concepción? No lo creo. Incluso los textos que tenéis entre las manos son —o lo pretenden— minúsculas manifestaciones del arte: *artículos*.

A lo largo de la historia, diferentes autores y autoras han tenido en consideración las diversas caras del *arte*; han mostrado producciones que querían ser lo tradicional o lo del momento, que querían superar errores anteriores; que deseaban estar a la moda, contra la moda, cabe la moda, desde la moda, para la moda, etc. Es precisamente la moda —o lo moderno— como forma sin contenido, lo que puede crear un abismo entre lo común y lo especial, entre lo nuestro y lo de ¡vaya usted a saber de quién! Tanto el arte como el Trabajo Social no son nada en sí mismos, o eso creemos.

Están *las artes* al servicio de la apariencia y del impacto. Artes que proyectan vender experiencias supremas, soluciones a medida, y que producen el efecto contrario: alejan a las artes de la vida, ofreciéndose como vanguardias expertas en emocionar, en imaginar, e incluso en vivir. Podríamos llamarlas malas artes. Con el uso de las malas artes confundimos los fines con los medios. Y están las artes, como las que nos presentaron autores insignes y populares, como Tolstoi (1999) o Machado (2006), con otro punto de vista diferente y más cercano al sentir común.

En 1898, León Tolstoi escribió un precioso ensayo, titulado ¿Qué es el Arte?, en el que intenta mostrar lo que no es y lo que sí cree que es arte. No podemos resumir sus ideas, pero podemos subrayar que, para este autor, el arte no es tal si, para producirlo, han de morir personas o han de ser explotadas; a esto añade:

Cientos de miles de obreros consumen su vida entera en pesados trabajos para satisfacer la necesidad de arte del público, a tal punto que no hay otra rama de actividad humana que gaste tan gran cantidad de fuerza nacional, salvo la guerra (p. 5).

Tampoco lo es si es *oscuro, afectado o confuso* (p. 62) y así también denuncia un «aristocratismo inutilitario», cuando afirma que el arte es «trabajo creador» [y que] «toda la existencia humana está llena de obras de arte, desde las canciones que se canta a los niños para dormirlos hasta las ceremonias religiosas y publicas. Todo es igualmente arte» (p. 39).

Antonio Machado, en 1920, en un diálogo apócrifo con León Tolstoi, escribe en «Dos preguntas a Tolstoi: ¿Qué es el arte? y ¿qué debemos hacer?»: «El primero que hizo un vaso de un trozo de arcilla fue artista supremo, aunque en esta vasija pudiera beber su prójimo. (...) El Arte es, sin embargo, trabajo creador» (1989, p. 1614); y añade, por boca de su Juan de Mairena:

El hombre que sabe hacer algo de un modo perfecto —un zapato, un sombrero, una guitarra, un ladrillo— no es nunca un trabajador inconsciente, que ajusta su labor a viejas fórmulas y recetas, sino un artista que pone toda su alma en cada momento de su trabajo (2006, p. 134).

Y, agrega que no se puede crear *ex nihilo*, que toda creación va unida a la vida, a la cultura y al folklore popular.

Criticó el arte, en su caso la poesía fundamentalmente, cuando esta se recreaba o creaba «un mundo aparte en que gozar fantástica y egoístamente de la contemplación de nosotros mismos; no debemos huir de la vida para forjarnos una vida mejor que sea estéril para los demás» (Machado Ruiz, 1989, p. 1474).

Al igual que el arte, y en esto consiste su relación más *viva y creadora*, el Trabajo Social es dudoso, si no imposible, en las siguientes situaciones, entendidas sin orden jerárquico: si no se entiende es confuso u oscuro, cualquier

situación es siempre más rica que los conceptos dentro de los que se la intenta reducir. El mundo es versionable, es *apócrifo*, diría Juan de Mairena en 1936; si sirve a intereses o confunde los fines con los medios; si le falta ese diálogo constante y gerundio con las personas con quienes colabora. Participar exige un sentido fuerte de comunidad, no ceder la gestión de nuestras vidas, riesgos y sueños a nadie y, por lo tanto, no pretender gestionarlos por mor de un supuesto saber especializado. Tal vez debamos evitar ponernos en el lugar de las personas hasta el punto de que desaparezcan o sean sustituidas por nuestras prácticas, su voz por la nuestra, su supuesta inexperiencia por nuestra esencia de personas «expertas en la materia».

Las artes contribuyen a repensar y reconstruir nuestros mundos vitales, en diferentes espacios sociales y con funciones diversas; en espacios urbanos, rurales, etc.; pueden llegar a reconstruir formas de relación y convivencia, reinventar cosmovisiones, etc. No se trata de maquillar las realidades, de hacer emerger formas postizas de arte con fines manipuladores o de mercado (*marketing* social, periodismo sensacionalista, *yupismo* o *brokerismo* social, etc.). Se trata de encontrar, entre otras cosas, de encontrarnos con esas otras maneras de descubrir y recuperar diversas formas de producción de sentido; expresión de nuestras identidades y presencia plural en nuestras sociedades.

Acercar el arte a la vida o viceversa, en su hondo y más amplio sentido, supone atenernos a la literalidad de la palabra ajena, suponerle persona, ciudadano o ciudadana; ¿lo contrario?, tomar a personas y culturas como cosas. El límite sólo puede ser la autolimitación ética y la búsqueda de participación en un presente, cada vez uno, cada voz una.

Un par de pensamientos de Antonio Machado (2006), de algún modo resumen el enlace entre Arte y Trabajo Social: «El niño sueña con las figuras de un cuento de hadas, a condición de que sea él quién las imagine, que tenga, al menos, algo que imaginar en ellas» (p. 305). Porque las razones no se transmiten, se engendran por cooperación, en el diálogo» (p. 115).

Los artículos del monográfico, unos de carácter general y otros aplicados al estudio de caso, acercan el arte a la vida, tratando de enlazar ambas disciplinas, con el fin de que al colaborar con las personas y con la sociedad, se

reflexione sobre la idea de Mary Richmond del Trabajo Social como *arte-sanía*. Resaltar su polifonía, sus múltiples facetas y posibilidades de aplicación a la intervención social es el hilo conductor que une a los autores. El Trabajo Social y el arte buscan juntos encontrar y encontrarse con otras maneras de descubrir, en la diversidad de sus formas de producir sentido, también la expresión de nuestras identidades y la presencia de nuestras sociedades plurales, acercándose una a la otra, personas y artistas, la vida al arte y éste a la vida.

La mayoría de los artículos vincula el teatro con el Trabajo Social, pero otros también ponen en otras manifestaciones artísticas, como la danza, con personas menores y mayores de edad, el objeto de reflexión sobre la articulación de estas disciplinas con la intervención que los profesionales de Trabajo Social realizan en su práctica cotidiana de búsqueda de la adaptación de las personas con quienes trabajan a la realidad social en la que están inmersas, con herramientas que pueden mejorar su participación y, por lo tanto, su integración social.

El monográfico lo inicia Manuel F. Vieites en busca de intersecciones con dos disciplinas, el teatro y el Trabajo Social. Realiza el estado de la cuestión, una reflexión teórica que señala que la expresión dramática y la expresión teatral pueden ofrecer una metodología para alcanzar algunos de los objetivos de la intervención social: la reflexividad y el reconocimiento, la concientización, la participación social, el desarrollo personal y comunitario, la apropiación de capital cultural o el acceso al bienestar personal y social. Los sujetos de ambas disciplinas, el «no público» o el «ciudadano precario», tienen en común que no participan del consumo de unos bienes-culturales o materiales, de los que disponen otros ciudadanos. La incorporación del teatro a la vida cotidiana de las personas, como momento y espacio de encuentro con el otro y con uno mismo; el juego de relaciones a distintos niveles, ya sea como actor o espectador —creador y receptor— y la articulación de sus personajes con unos valores, unas formas de vida y unos problemas y conflictos determinados, ofrecen infinitas posibilidades para la intervención social. Sin embargo, aún queda mucho por hacer para sistematizar esta práctica integradora del arte con el Trabajo Social. Permite conocer, entender, explicar e interpretar a ese otro, lo que

refleja y lo que nos quiere reflejar. Además los personajes se posicionan, son sujetos activos, y sus roles facilitan recrear los mundos vitales, comprender la influencia del pasado y el presente en la proyección del futuro, que las personas se presentan como actores o como espectadores en la representación sirviéndose del teatro.

El *Playback Theatre* es el título que la italiana Maria Elena Aimo elige y subraya como el arte de ser tal y como uno mismo es. También el teatro y el método sobre el que reflexiona en este artículo tiene una aplicación directa a la intervención social para generar espacios de emancipación y autonomía de las personas. A las figuras de Vieites —creador y receptor— añade otro protagonista —el o la *performancer*— que desempeñan unos papeles activos e intercambiables. Esta herramienta teatral innovadora combina la dimensión artística con la psicológica, relacional, social y comunitaria. Se puede trabajar con los usuarios y con los profesionales de Trabajo Social, en intervención y en supervisión; cuando —según la autora— unos y otros están «desmotivados, con momentos de escasa energía vital, aparentemente con pocos recursos y deseos de cambio que suelen derivar de las dificultades de encontrarle sentido a sus experiencias vividas». Es entonces cuando pueden encontrar, a través del teatro, un medio de comunicación que les ayuda a mejorar estos momentos problemáticos, causados no solo por su diversidad cultural, de género, de edad, económicas, sino también como un gran recurso con el que la persona, usuaria o profesional, a través de la expresión artística corporal, puede recuperar su autonomía y «ser ella misma».

En la reflexión sobre su experiencia, como miembro de la segunda generación de migrantes italianos que, procedentes del Sur llegaron al Turín industrial, Simone Schinocca dispone el telón de fondo de su reflexión sobre la elección académica y profesional y sobre cómo ha sabido articular su pasión por el Trabajo Social con su inclinación por el arte. Con ambas va fraguando su proyecto artístico, *Tedacà*, a partir del Centro de Servicios Sociales, al que llega como profesional primerizo. Su reflexión evoca al Sennett de «El respeto»: el Centro se halla en una zona marginal, donde abundan las familias multiproblemáticas, porque así las crearon las políticas desarrollistas y urbanísticas. El proyecto *Tedacà*, sintetiza tres artes en

uno: teatro, danza y canto, y a la vez significa «justicia» en lengua etíope y arropa infinitas historias. «Esa inmensa humanidad, esa belleza que se esconde, está profundamente presente» en estas realidades de la periferia urbana, dice el autor. Su identidad de trabajador social conforma su modo de pensar y de mirar a los márgenes y los dota de belleza y dramaticidad. El arte es la herramienta para vincularlo con la sociedad, a través de la representación de unos artistas que, ahora como antes, conocen y viven en, y con esas contradicciones de nuestro tiempo, los límites, las historias de estas limitaciones y las impotencias inimaginables, que tienen lugar en estas tierras de nadie, pero que dan sentido al arte, a la investigación, a la intervención social, y además ofrecen grandes posibilidades de lectura e interpretación del presente.

Los estudios de caso inician con el artículo de Lorena López Méndez, consciente de que las escasas oportunidades de acceso de las personas con demencia y Alzheimer a la vida cultural de la comunidad, y de las posibilidades que ofrece la relación del arte como herramienta de intervención del Trabajo Social. Resalta la autora las posibilidades educativas y dialógicas de ambas disciplinas, «con un fin de transformar la visión de la sociedad, mostrando las capacidades y potenciales que todavía pueden permanecer en personas con demencia temprana en fases leves e iniciales», apunta la autora. El ejemplo de un proyecto, como AR.S: Arte y Salud Alzhéimer, que utiliza una metodología participativa, y tiene en cuenta también las limitaciones de estas enfermedades en etapas iniciales, permite que estas personas puedan iniciarse en actividades artística que además de producirles satisfacción, pueden mejorarles su propia percepción y, por lo tanto, generan un estado de ánimo más positivo y no solo personal, y ayudan al cambio de mentalidades de la propia sociedad respecto a estas colectivo, difuminando los prejuicios asociados a la enfermedad.

En su artículo, Libertad Abad González plantea, y se plantea, numerosas preguntas en relación al uso de la metodología artística o creativa en la intervención social, y a su finalidad. Ofrece una sistematización de la práctica que no es una proyección del profesional ni la alternativa a la burocratización de la intervención profesional. El arte y el Trabajo Social con las personas jóvenes puede ser, como en el caso tratado

en el artículo, una manera eficaz y dinámica de trabajar con este grupo de edad, con objeto de que puedan experimentar un grado de control de sus vidas tal que les lleve a modificar la propia percepción que hasta ese momento han tenido, incrementando con ello, los niveles de autoestima. La finalidad de esta metodología, y en ello reflexiona la autora de una manera honesta, al no eludir el riesgo que comporta este ejercicio artístico, que es el de satisfacer las necesidades latentes del profesional, y provocar con ello un desplazamiento del centro de atención de la intervención que pretende realizar hacia sí mismo. Lo tiene presente, pero también advierte de que «Plantear proyectos que metodológicamente sean novedosos, flexibles y necesarios no debe significar olvidar la reflexión epistemológica y ontológica del Trabajo Social».

La originalidad del artículo de Livia Jiménez Sedano, cuyo objetivo es «aportar elementos de reflexión para trabajar con el baile en los procesos de intervención social», combina tres disciplinas: Arte, Antropología y Trabajo Social, para narrar no solo episodios de transformación social por el baile, sino para resaltar la importancia de que sean los actores y las actrices, jóvenes en este caso, quienes se conviertan en sujetos de su propia transformación. La autora constata, mientras está interviniendo, que «el baile era uno de los elementos más importantes para crear dinámicas de identificación y distinción en la vida cotidiana», porque estructura un espacio y dispone dónde y cómo se han de colocar los bailarines y los momentos en que puede y no puede haber público. La propuesta *intercultural* organizada por la institución entre niñas marroquíes y niñas españolas se había promovido para unos fines, el intercambio de culturas, según el modelo reificado común, pero una vez que se lo apropiaron las protagonistas mostraron y demostraron que la cultura es dinámica, que se puede mostrar la propia cultura bailando todo tipo de músicas, en este caso el *reguetón*, cuando así lo deciden los actores y actrices de las propuestas y cuentan con una mediación que facilita la autonomía y la interdependencia que requiere el arte de la danza. De ahí que estas niñas realizaran, de modo festivo, «algo subversivo: mostrar su propia cultura».

Las personas mayores y sus posibilidades de interrelacionamiento y participación social activa, son el tema de la reflexión acerca del

Proyecto de voluntariado cultural con personas mayores. Luz María Gilabert González y Xavier Lorente Guerrero resaltan la importancia de la cultura como producción, intercambio y expresión de «símbolos que representan afectos, significados, creencias, preferencias, gustos y valores que van más allá de los espacios, es decir, del territorio». La doble función que pueden desempeñar las personas mayores, como resalta el proyecto analizado, no sólo como guías en los museos, sino como una manera de continuación o para entablar el diálogo intergeneracional, ayuda a que las personas mayores puedan no solo cubrir sus necesidades de vinculación con la sociedad, sino mantener y mejorar las relaciones con otras generaciones. A través del arte y la cultura que está presente en los museos y trasciende sus paredes, se potencian procesos de enseñanza-aprendizaje, que mejoren su propia calidad de vida y, con ello, también la de la sociedad en general.

Para que la cultura en el amplio sentido, como actores y espectadores del teatro del mundo, se pueda aferrar y aplicarse en un proceso riguroso de adaptación creativa, a la intervención social conviene escuchar las recomendaciones de Jiménez Sedano, acerca de la pedagogía que está presente en todos los artículos del monográfico y permea también las prácticas de los profesionales, y llega a las personas y grupos de Trabajo Social. Estas recomendaciones que han de tenerse en cuenta son las siguientes: necesidad del conocimiento del contexto concreto en que se va a trabajar; permitir un amplio margen de participación de actrices y actores en el proceso; partir de la base de que ellas y ellos son quienes conocen y construyen sus culturas, sus vivencias, su pasado o su presente, y, por lo tanto, son ellos y ellas expertas y expertos en la materia que les atañe, como profesionales, más que de técnicos que «trae[n] una coreografía ya elaborada, el agente de intervención debería ser un facilitador y un apoyo útil para las iniciativas que tengan los actores y actrices sociales».

Miren Edurne ARIÑO ALTUNA  
Universidad del País Vasco (España)  
mirenedurne.arino@ehu.es

Teresa GARCÍA GIRÁLDEZ  
Universidad Complutense de Madrid (España)  
matgarci@ucm.es

**Referencias bibliográficas**

- Machado Ruiz, A. (2006). *Juan de Mairena, I* (6ª ed.). (A. Fernández Ferrer, ed.). Madrid: Cátedra.
- Machado Ruiz, A. (1989). *Prosas completas*. (O. Macrí, ed.). (2ª reimpresión ed.) Madrid: Espasa-Calpe, Fundación Antonio Machado.
- Machado Ruiz, A. (2001). *Prosas dispersas (1893-1936)*. (J. Doménech, Ed.) Madrid: Páginas de Espuma.
- Tolstoi, L. (1999). *¿Qué es el arte?*. Madrid: Alba.